

# Pensar la izquierda en clandestinidad. La experiencia del Partido Socialista de los Trabajadores ante el terrorismo de Estado (1976-1979)

Martín Mangiantini\*

## Resumen

El presente artículo se propone abordar el devenir de una expresión trotskista dentro de la izquierda argentina de los años setenta, el Partido Socialista de los Trabajadores (PST), durante el contexto de mayor represión bajo el terrorismo de Estado. Mediante un análisis de la documentación interna, se analizará el modo en el que la represión y la clandestinidad pesaron sobre la organización partidaria, su dinámica interna y sus mecanismos de intervención y militancia.

*Palabras claves:* trotskismo, clandestinidad, partidos de izquierda

## *Thinking about the underground leftist parties. The experience of the Socialist Workers Party (1976-1979)*

## Abstract

*This article aims to analyze the performance of an Argentine Trotskyist expression, the Socialist Workers Party (PST), during the repression that began with the 1976 military coup. In scrutinizing some important unknown sources, we explain how repression and secrecy affected the internal dynamics of the party, the modes of political intervention and the varied repertoires of militancy.*

*Keywords:* trotskyism, clandestinity, left parties

\* Instituto Ravignani, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas - Universidad de Buenos Aires. Correo electrónico: martinmangiantini@gmail.com

Artículo recibido: 10/06/2021 Artículo aprobado: 08/11/2021

MIRÍADA. Año 14, N.º 18 (2022), pp. 311-341.

© Universidad del Salvador. Facultad de Ciencias Sociales. Instituto de Investigación en Ciencias Sociales (IDICSO). ISSN: 1851 9431

Mediante el Decreto N.º 6, el gobierno castrense que alcanzó el poder el 24 de marzo de 1976 suspendió la actividad político-partidaria tanto a nivel nacional como provincial y municipal. Como complemento de ello, escaso tiempo después, la dictadura promulgó la Ley 21.322, mediante la que disolvió o declaró ilegal a un conjunto de organizaciones políticas, sindicales y estudiantiles. Entre ellas, se destacaban los partidos políticos del campo de las izquierdas, específicamente aquellos provenientes de diversas expresiones trotskistas y maoístas, como así también diferentes entidades subsidiarias de ellos. Esta diferenciación permitió a determinadas organizaciones continuar el desarrollo de disímiles actividades políticas no públicas (como fue el caso del Partido Comunista o diversas expresiones del socialismo vernáculo, por ejemplo) (Casola, 2015), mientras que aquellos agrupamientos afectados por la mencionada regimentación se vieron forzados a continuar con su derrotero en un marco de absoluta clandestinidad. Con relación a este último conjunto, el presente trabajo se propone dar cuenta de la dinámica militante de un partido perteneciente al campo del trotskismo: el Partido Socialista de los Trabajadores (PST) durante los primeros tres años de la última dictadura cívico-militar<sup>1</sup>.

Al analizar el derrotero del Partido Comunista alemán, Hobsbawm (2010) se preguntó qué ocurría con un partido revolucionario cuando se iniciaba una situación que no lo era. A partir de la indagación de una abultada documentación interna, escasa o nulamente explorada, este artículo se propone analizar la dinámica de un partido como el PST, que, ante su prohibición como tal, pugnó por desarrollar la continuidad de su militancia y su funcionamiento bajo una lógica de estricta clandestinidad.

Al momento de indagar la dinámica de diversos partidos insertos en el escenario del terrorismo de Estado, existen ciertos interrogantes factibles de ser explorados: ¿cuán previsible fue el golpe de Estado y sus efectos para una organización revolucionaria? ¿Cómo se reorganizó una estructura

<sup>1</sup> Representada por la figura de Nahuel Moreno, esta trayectoria política se originó en los años cuarenta con la formación del Grupo Obrero Marxista, luego rebautizado POR (Partido Obrero Revolucionario). En los cincuenta, esta corriente formó parte del Partido Socialista de la Revolución Nacional y, tras la caída de Perón, practicó la táctica del “entrismo” en el movimiento obrero peronista a través de la publicación *Palabra Obrera*. En 1965, tras la fusión con el FRIP (Frente Revolucionario Indoamericanista Popular), dirigido por los hermanos Santucho, nació el Partido Revolucionario de los Trabajadores. Luego de un proceso de debate interno, en 1968, esta organización se dividió en dos grupos diferenciados: la corriente “morenista” conformó el denominado PRT - La Verdad, que actuó hasta 1972, año en que se fusionó con un desprendimiento del Partido Socialista Argentino (dirigido por Juan Carlos Coral), lo que dio origen al PST. Con esta denominación, actuó (de manera legal y clandestina, respectivamente) hasta la finalización de la dictadura en 1983, para luego convertirse en el Movimiento al Socialismo.

partidaria antes legal ante la imposición de una obligada dinámica clandestina? ¿Qué metodologías para la preservación de su militancia se practicaron? ¿Qué contradicciones se desprendieron entre aquellos mecanismos de resguardo ante la represión y la búsqueda de sostenimiento de una militancia inserta en diversas esferas del movimiento social? ¿Cómo era posible articular la militancia clandestina en el país con aquellos referentes del partido obligados a salir al exterior como medida de cuidado?

El trabajo pretende establecer un diálogo entre, por un lado, diversos aportes subsidiarios de la teoría de partidos y, por otro, una vacancia historiográfica existente para el caso argentino con el objetivo de analizar el funcionamiento de una estructura partidaria revolucionaria en un contexto nocivo para su desarrollo. Se parte de una coincidencia con el acabado balance de Gabriela Águila (2019), quien dio cuenta de los múltiples tópicos posibles de abordar y aquellos vacíos historiográficos aún presentes en el estudio de las izquierdas durante la última dictadura. Específicamente, en lo pertinente al PST en este período, se destacan los aportes de Florencia Osuna (2015), trabajo con el que se polemizará tanto en sus conclusiones como en determinados criterios metodológicos para su construcción y, desde otro registro, aquellas elaboraciones subsidiarias de experiencias militantes en clave crítica o testimonial (Coggiola, 2006; Movimiento Socialista de los Trabajadores [MST], 2015).

El recorte temporal, circunscripto al período que data entre 1976 y 1979, se inscribe en dos lógicas. Por un lado, desde el análisis del contexto nacional, se trató de los tres años de represión más álgida desarrollada desde el Estado, lo que, en el caso de las organizaciones políticas perseguidas, obligó al desarrollo de una militancia en extremo subterránea y bajo mecanismos de estricto resguardo. Hacia 1979, sin menospreciar la continuidad de prácticas represivas, comenzaron a visualizarse determinadas muestras de oposición al régimen por parte de disímiles sectores, lo que, por ejemplo, se materializó en el esbozo de huelga general del 27 de abril, transformado en el primer ensayo de un rechazo más visible al derrotero político existente. Simultáneamente, en lo pertinente a la dinámica partidaria del PST, el golpe de Estado de marzo de 1976 obligó a determinadas redefiniciones metodológicas (como, por ejemplo, la profundización de medidas de clandestinidad ya esbozadas desde hacía algunos meses o la partida al exterior de determinados dirigentes más expuestos). Este proceso simultáneo de resguardo y militancia de nuevo tipo no se produjo sin contradicciones ni oscilaciones, lo que, hacia 1979, derivó en un ciclo de discusión interna de fuste que colocó a este partido al borde de su atomización. Los siguientes cinco apartados buscarán dar cuenta de las transformaciones y el devenir de una herramienta partidaria revolucionaria

construida bajo la sombra de una dinámica ilegal, lo que condicionó y moldó indefectiblemente su accionar.

### **La previsión del golpe por venir**

Un primer interrogante desprendido del abordaje de las izquierdas ante el proceso dictatorial iniciado en marzo de 1976 recae en dilucidar si la llegada castrense fue presagiada por las organizaciones y, en razón de ello, el modo en el que analizaron no solo esta alternativa, sino también su posterior devenir. En el caso del PST, la visualización en torno a la concreción de un golpe de Estado fue un motivo de debate interno escasos años después de haberse producido.

De los insumos documentales de la organización en los momentos previos al 24 de marzo se desprenden ciertas ambigüedades. Por intermedio de aquellos boletines internos dirigidos a la militancia responsable de las diversas células, hacia febrero de 1976, la conducción partidaria planteó la posibilidad concreta de un golpe de Estado en ciernes aunque, no obstante, dejaba abierta la alternativa de que ello se dilatara en razón de un accionar gubernamental que, al pugnar por un freno a la conflictividad social, aún continuaba siendo favorable a los intereses de las clases dominantes. En este escenario, se vislumbraron variantes posibles, como el desplazamiento de la presidenta María Estela Martínez de Perón y el recambio de figuras dentro del propio gabinete en sintonía con las presiones dirigidas desde determinados núcleos de las Fuerzas Armadas (PST, 1976a, 1976b).

La inmediatez del posible golpe fue motivo de discusión dentro de aquella militancia con responsabilidades de decisión. Desde el boletín interno, se informó a los dirigentes intermedios la existencia de tres visiones divergentes presentes en el partido. Ellas se sintetizaban, en primer orden, en aquellos responsables que impugnaban la posibilidad cierta de una alteración del orden institucional al no tratarse este de un interés concreto de la burguesía; en segundo orden, quienes sostenían que el golpe era inevitable e inminente; y, por último, una expresión intermedia que analizaba que la inmediatez se supeditaría al devenir de la conflictividad y a las posibilidades de la burguesía de frenar el accionar del movimiento obrero. Esta última opinión, sostenida mayoritariamente por la dirección nacional del partido, se apoyaba en la experiencia de los preexistentes golpes de Estado aseverando que ellos habían derivado finalmente en nuevos ascensos de los trabajadores y en mayores tensiones en el interior de la burguesía. No obstante, en la medida en que el gobierno se debilitara en sus posibilidades de pesar dentro del mundo del trabajo, se presagiaba que la burguesía acabaría por desprenderse de este y vislumbraría una salida castrense a la crisis (PST, 1976c).

En balances posteriores, el principal dirigente de este partido narró que el golpe se barajó sin estipular un momento específico y, al mismo tiempo, con la pretensión de no resaltar públicamente dicha alternativa como un modo de evitar una postura que se comprendiera como un llamado a revertir la conflictividad contra el gobierno peronista bajo la certeza de que el principal medio para evitarlo recaería en la caída de la presidenta a partir de la movilización de masas (Veiga, 2006). En diversos trabajos (Coggiola, 2006; Osuna, 2015), se analizaron los posicionamientos sobre el devenir de la dictadura esgrimidos por el PST a partir del relevo de sus iniciativas editoriales. Ello conlleva un problema metodológico, dado que, como se analizará, en sus inicios, estos se circunscribían a propuestas de publicaciones legales que, como tales, matizaron y sopesaron significativamente su discurso bajo la (fallida) pretensión de sortear la censura. Por eso, resulta clave entrecruzar el insumo de la voz pública con aquella documentación interna de la propia organización.

Si bien no es objeto de este trabajo indagar minuciosamente el modo en el que el PST analizó el derrotero del gobierno castrense a lo largo del período, es factible aseverar que, habiendo transcurrido alrededor de un año, este partido ajustó su definición caracterizándolo como un proyecto contrarrevolucionario que debía acudir a la liquidación del movimiento obrero para garantizar sus planes económicos. No obstante, destacó que el éxito definitivo de tal empresa no sería posible por dos motivos. Por un lado, la tradición de lucha del proletariado argentino expresada en resistencias moleculares permitía sostener la hipótesis de la inexistencia de un aplastamiento histórico del movimiento obrero. Por otro lado, se identificaban los resquemores de una burguesía temerosa de una explosión social ante la extrema represión gubernamental, lo que la conducía a proyectar una salida política como freno a la supuesta situación de conflictividad por venir. Respaldándose en estos elementos es que el PST utilizó la noción de “apertura preventiva” visualizando con ello una inevitable transición hacia un esquema de poder más favorable a determinadas libertades democráticas (PST, 1977a, 1977b).

No obstante estas premisas, diversas acciones represivas experimentadas por el partido llevaron a complejizar los análisis advirtiendo sobre el riesgo de minimización del carácter del gobierno. En relación con ello, se visualiza en la documentación interna un alerta de la conducción partidaria a sus equipos en cuanto a la necesidad de evitar la simplificación de suponer que el proyecto represivo de la dictadura se circunscribía al enfrentamiento con las organizaciones armadas (PST, 1977c, 1978a). De hecho, hacia finales de 1978, la conducción del PST identificó que la derrota de estas expresio-

nes político-militares colocaba al partido como un enemigo más claro y expuesto del régimen dictatorial (PST, 1978b).

En los próximos apartados, se analizará si esa dubitación parcial en torno a la inmediatez del golpe y, a su vez, si la posterior expectativa de una rápida salida hacia un régimen de mayores posibilidades de participación política fueron elementos que condicionaron, o bien fueron nocivos para el desarrollo de este partido y sus posibilidades de conservación como expresión política en los años de paroxismo represivo.

### **¿Qué hacer? La herramienta partidaria ante la clandestinidad**

Como subrayó Broué (1963/2007) en su estudio sobre el bolchevismo ruso, el paradigma partidario leninista subsidiario del ¿Qué hacer?, escrito en 1902 (Lenin, 2004) y que sirviera como modelo de construcción organizativa para buena parte de la izquierda mundial tras el triunfo de la revolución de octubre de 1917, sostuvo que la dinámica organizativa de un partido revolucionario era clandestina en todo momento, siendo ello una de sus indispensables condiciones de existencia. No obstante, esta lógica no excluía la posibilidad de desarrollo de acciones y propaganda legal si el contexto histórico lo permitía. En sintonía con esta reflexión, es válido preguntarse cuáles fueron los elementos de ruptura y qué aspectos se vieron inalterados en la lógica organizativa de un partido como el PST al producirse el derrotero abierto en marzo de 1976.

Es posible indagar en el análisis de la estructura partidaria a través de dos planos divergentes y, a la vez, simultáneos. Por un lado, desde la consolidación de sus enlaces verticales, esto es, la construcción de organismos dirigentes del partido subordinados consecutivamente entre sí (Duverger, 1952/1969), es factible ilustrar a un partido como el PST como una estructura piramidal en la que los diversos eslabones superiores de la cadena adquieren responsabilidades de mayor índole con respecto a las sucesivas instancias organizativas que se hallan por debajo, encontrándose en ellas aquellos dirigentes con mayor reconocimiento o trayectoria. Por otro lado, a diferencia de estos organismos, en la base de esa pirámide se ubican múltiples entidades, las células partidarias, con similares características y en igualdad de jerarquía entre sí.

Al momento de indagar sobre los enlaces verticales, es posible establecer un matiz entre el bagaje estatutario del propio partido y su puesta en práctica en un contexto de extrema clandestinidad. Según las normativas internas que regían al PST, existían dos instancias directivas superiores: el Congreso partidario y el Comité Central. Según su propio estatuto, anualmente debía realizarse un congreso que orientara a la organización hasta la realización del siguiente. Ello suponía, en sus momentos previos, la apertura de un pe-

ríodo de discusión en el que todo militante poseía la autorización para organizar tendencias o fracciones que impulsaran y defendieran diversas discusiones y posiciones (PST, 1979a). No obstante, la conjunción de un núcleo de peso de dirigentes que debió partir hacia otros países tras el golpe junto a la dinámica clandestina obligada por el contexto local relegó la posibilidad de sistematizar esta instancia deliberativa. El primer congreso recién se realizó en 1980, por fuera de las fronteras nacionales, debiéndose trasladar sus delegados hacia Colombia (PST, 1980a, 1980b). Se encontraba asimismo el Comité Central (CC), elegido cada año por el congreso, con representación de las diversas regiones con presencia partidaria y con una dinámica ordinaria de reunión cada dos o tres meses (PST, 1979a). No obstante, aunque en menor medida que la instancia congresal, también el funcionamiento de este organismo pecó de irregular. La posibilidad de gestionar un encuentro bimensual que nucleara a más de veinte dirigentes provenientes de disímiles espacios geográficos suponía el desarrollo de una logística que dificultó su prefigurada periodicidad (Martín, miembro del Buró Político del PST, entrevista personal, 7 de julio de 2021).

En la práctica, en los años de mayor clandestinidad, fueron dos los organismos partidarios determinantes para la ejecución de la política cotidiana y el devenir organizativo. Por un lado, un Comité Ejecutivo, de funcionamiento semanal (o con reuniones extraordinarias cuando el mismo organismo lo consideraba necesario) nucleó alrededor de diez miembros y tuvo a su cargo la línea política, sindical y organizativa permanente, como así también la dirección de las publicaciones, la formación teórica de la militancia y el manejo de las finanzas, entre otras funciones (PST, 1979a). Por otro lado, un Buró Político (o Secretariado) que solía reunir a tres dirigentes, se encargaba del control cotidiano de la organización, la preparación de las reuniones del Comité Ejecutivo y el seguimiento de las diversas entidades regionales o de base del partido (PST, 1979a). Este funcionó en el espacio de una oficina céntrica de Buenos Aires disimulada como un estudio de abogados con presencia y trabajo diario (Miguel, dirigente del Buró Político del PST, entrevista personal, 8 de mayo de 2020). La primacía de estos organismos da cuenta de que, en un contexto de exacerbada clandestinidad, la centralización partidaria se fortaleció en aquellas instancias con mayor capacidad pragmática de reunión y resolución por sobre aquellos espacios deliberativos que suponían una ardua logística para garantizar su funcionamiento.

Otra expresión de esta última afirmación fue la disolución de la organización juvenil del PST la Juventud Socialista de Avanzada (JSA), creada años atrás. En 1973, la JSA se presentó como una iniciativa de conformación de una herramienta juvenil autónoma del partido, pero, a la vez, vinculada a este. El PST entendió por autonomía su capacidad de tomar resolu-

ciones, contar con finanzas propias, locales y publicaciones particulares, lo que, también, permitía acelerar el proceso de aprendizaje y formación de nuevos cuadros juveniles bajo ritmos y normas disciplinarias divergentes de aquellas que imperaban dentro de la estructura partidaria (PST, 1973). La concreción del golpe de Estado de 1976 dictaminó su eliminación como organismo y la disolución de su militancia más orgánica dentro de la esfera organizativa formal (Ateneo de Estudios Sociales Alfredo Palacios, 1976; Miguel, dirigente del Buró Político del PST, entrevista personal, 8 de mayo 2020).

Como se mencionó, en la base de la estructura piramidal, se hallaron las diversas células (o equipos partidarios), entidades más pequeñas y similares entre sí, sin jerarquización entre ellas. Con preexistencia al golpe, los equipos se organizaron, por lo general, mediante una división seccional con sus respectivas sedes físicas, es decir, con un criterio geográfico que, en las ciudades más populosas, se multiplicaba a partir de la estructura barrial y la apertura de locales partidarios. En menor medida, otra variante fueron las células fabriles sobre la base del aglutinamiento de diversos miembros del partido pertenecientes a un mismo ámbito de trabajo. Los distintos equipos aplicaban las resoluciones y la línea política organizativa del partido en su región y, al mismo tiempo, atendían a las tareas específicas propias de su espacio (Mangiantini, 2018).

Según Osuna (2015), el golpe obligó al PST a revertir la forma organizativa basada en la estructura de locales con criterios zonales. En realidad, ese cambio se produjo con anterioridad. Desde los inicios de 1974, este partido experimentó una ofensiva represiva tanto estatal como paramilitar siendo blanco de diversos ataques por dos vías simultáneas: por un lado, mediante atentados contra locales partidarios y la violencia contra sus militantes perpetrada por estructuras parapoliciales, particularmente, la Triple A; por otro, a través de una política de hostigamiento y persecución del sistema represivo estatal mediante la presencia de operativos policiales y allanamientos en las sedes partidarias, o bien en los domicilios de su militancia (Mangiantini, 2020). Cuando, en septiembre de 1975, el PST sufrió la denominada Masacre de La Plata, consistente en el asesinato de ocho miembros, este partido forjó una redefinición metodológica factible de caracterizarse como clandestina. Si bien existió una permanencia de escasas prácticas públicas, ellas se vieron alternadas con una primacía de metodologías subterráneas de militancia, siendo la resolución más relevante la prohibición del uso de los locales partidarios, lo que obligó a trasladar las reuniones celulares a domicilios particulares. Los resguardos para las llamadas telefónicas, la circulación soslayada del periódico y de los boletines de la organización, la reducción al mínimo de la impresión de los materiales internos, el cuida-



do en el uso de la vestimenta y del aspecto personal como un modo de no llamar la atención de las fuerzas de seguridad fueron algunas de las normativas que con frecuencia circularon entre la militancia (PST, 1975). Por ello, es factible sostener como hipótesis que los organismos pertenecientes a la base piramidal del PST ya se encontraban con un funcionamiento acorde a un contexto represivo con preexistencia al quiebre institucional formal acaecido en marzo de 1976.

Duverger (1969) sostuvo que la célula es el modo organizativo más pertinente en un marco de clandestinidad. De los diversos modos de organización celular, los equipos fabriles son aquellos más acordes porque suponen el encuentro de los militantes en su ámbito natural (el trabajo cotidiano y diario en los espacios de producción, la sociabilidad en los tiempos de descanso, entre otros). Sin embargo, en el caso del PST, no fue factible la organización del partido en células fabriles, dado el caudal cuantitativo de su militancia y las posibilidades de concretar ello. La forma practicada fueron las células locales (atendiendo a criterios de tipo regional y barrial) y, en determinados casos, las células mixtas que congeniaban una lógica regional con una actividad o rubro laboral en particular. Por ejemplo, existieron equipos sindicales amplios de una localidad en particular, o bien células estudiantiles de una facultad en una provincia determinada. A la vez, funcionaron grupos particulares, como, por ejemplo, un equipo de intelectuales u otro de profesionales (PST, 1978c).

Este organigrama se apoyaba en un elemento fundamental que, en la terminología de la propia organización, recibió el nombre de *tabicamiento*. Ello supuso que los diversos organismos y equipos actuaran con una lógica compartimentada, es decir, cada uno llevó su actividad de modo escindido y desconociendo la dinámica de sus pares. En la práctica, esto debía redundar en una mayor autonomía por parte de cada zona o sector partidario, los que deberían asumir, respectivamente, el devenir de sus propias actividades y la planificación de la seguridad específica de ese grupo (Ateneo de Estudios Sociales Alfredo Palacios, 1976). Como afirmó Duverger (1969) al analizar el derrotero de los partidos comunistas, un partido dividido en compartimentos estancos posibilitaba una práctica secreta que, ante una hipotética acción represiva o la caída de algunos de sus organismos, permitía al resto de la estructura mantenerse indemne ante la ausencia de una ligazón práctica entre las diversas esferas.

En relación con ello, y como un modo tanto de preservación como de extensión partidaria, existió durante este período una directiva tendiente a la subdivisión cada vez más específica de los equipos. Así, se instó a los dirigentes zonales a impulsar la formación de pequeñas unidades celulares que involucraran a un número pequeño de militantes, lo que se justificó como

un mecanismo acorde a la supervivencia partidaria. De acuerdo con la mirada de la dirección, las problemáticas de un dirigente zonal tales como, por ejemplo, conseguir lugares de reunión, administrar las finanzas, distribuir materiales, entre otras tareas, se verían simplificadas ante la emergencia de nuevos dirigentes de núcleos más pequeños. Estas “zonitas”, según la jerga interna del PST, poseían control político con independencia administrativa, es decir, mientras que la dirección orientaba a cada núcleo sobre los aspectos políticos generales, cada unidad partidaria sería la encargada de decidir cómo llevar esa línea a la práctica de manera autónoma (PST, 1977d, 1978b)

Transcurrido más de un año de su aplicación, la dirección nacional destacó como positivo el balance de este giro organizativo aseverando que había permitido tanto la extensión partidaria como el surgimiento de nuevos responsables. Pero, a la vez, instó a los diversos equipos a profundizar este método tomando como criterio una lógica no solo geográfica, sino también enfocada en forjar una mayor presencia a nivel sindical o sectorial procurando la construcción de equipos específicos de una fábrica, oficina o curso. Resultaba habitual en los boletines internos el incentivo a que diversos cuadros medios o militantes de base de una célula dieran un salto como dirigentes pugnando por formar sus propios equipos en aquellos espacios en los que se hallaran cotidianamente insertos (PST, 1978a, 1978d). Resulta de interés este proceso de descentralización organizativa de la base piramidal partidaria sin que ello fuera entendido como antagónico con una rígida verticalización y homogeneización de las esferas de conducción descendentes.

Como parte del organigrama, y también con un funcionamiento de tipo celular bajo la lógica de la compartimentación, se hallaban otro tipo de equipos que eran piezas inherentes al funcionamiento cotidiano del partido para la concreción de respectivas tareas específicas. Ejemplo de ello fueron los grupos encargados de la confección del periódico de la organización para su posterior distribución clandestina entre las diversas células. En los inicios de la dictadura, el PST exploró dos intentos de poner en práctica una publicación de carácter legal: *Cambio* y *La Yesca*. Ambas experiencias fueron efímeras y posteriormente autocriticadas. Tanto Osuna (2015) como Campione (2007) caracterizaron estas ediciones como parte de una minimización sostenida por el partido alrededor del contexto represivo. En la práctica, su sentido original recayó en el impulso de una publicación carente de identidad partidaria y con una retórica moderada que permitiera explorar los márgenes de legalidad y de libertades existentes. La prohibición de estos proyectos llevó rápidamente al PST a una lógica de publicaciones periódicas editadas y distribuidas bajo mecanismos íntegramente clandestinos (Veiga, 2006). Así, desde 1977 se editaron *Unidad Socialista* y, posteriormente, *Opción* como los insumos regulares de propaganda política.

También conllevó un funcionamiento celular particular la existencia de imprentas, utilizadas tanto para la producción de los materiales internos como de aquellos de difusión y propaganda. De hecho, la compra de la imprenta principal utilizada en estos años fue una acción realizada por la dirección del PST con anterioridad al golpe (aunque su uso se iniciara una vez acaecido este), y fue un espacio desconocido por el conjunto de la militancia (Martín, miembro del Buró Político del PST, entrevista personal, 7 de julio de 2021).

A su vez, se da cuenta de equipos del partido que funcionaban en la legalidad y, en apariencia, sin identificación alguna con la organización. Por ejemplo, existieron proyectos editoriales con oficina propia y comités de redacción que elaboraron publicaciones de circulación comercial. Ejemplos de ello fueron la revista *Propuesta*, impulsada con el objetivo de acercamiento a diversos núcleos juveniles a través de artículos relativos a la música, el arte o las problemáticas inherentes a esa franja etaria (Mangiantini, 2021); o la revista *Todas*, editada en 1979 bajo una retórica de índole feminista (Bellucci, 2018).

Un caso particular fue la dinámica del estudio jurídico del abogado y dirigente del PST Enrique Broquen. Tras la concreción del golpe, este estudio fue un espacio desde el que se presentaron *habeas corpus* en representación de desaparecidos o presos políticos. La realización de este mecanismo judicial excedió ampliamente a aquella militancia del PST detenida. Por el contrario, el estudio presentó este recurso en representación de desaparecidos de otras organizaciones del campo de las izquierdas y atendió a familiares de víctimas de diversas tradiciones políticas. Se desprende una confusión del trabajo de Osuna (2015) cuando afirma que este espacio funcionó, de hecho, como un local partidario del PST en donde se centralizaban las reuniones y actividades de sus militantes abocados a la defensa y ayuda de los presos políticos. En la mirada de la autora, ello pareciera responder a una lógica partidaria que minimizó el carácter represivo de la dictadura, siendo factible, por ende, desarrollar una serie de actividades expuestas. En realidad, el estudio de Broquen no funcionó como un local ni tuvo identificación con la organización. De hecho, en estos años, este dirigente no tuvo prácticamente ninguna vinculación con los organismos partidarios ni formó parte de otro tipo de célula justamente en razón de su exposición pública, limitándose su tarea a la concurrencia a este espacio formal. La propia Osuna (2015) recupera el testimonio de una militante que participó del estudio quien narró que, al iniciarse esta tarea, se restringía cualquier otro tipo de vínculo con el partido (MST, 2015). En la práctica, el lazo de Broquen con la dirigencia partidaria se limitó a una reunión individual y fuera del estudio con un miembro de la dirección con cierta periodicidad (PST, 1979b).

De hecho, mientras que, por un lado, de un modo legal, funcionó el estudio jurídico; por otro, existió un equipo partidario compartimentado encargado de desarrollar una militancia alrededor de los derechos humanos, la atención a los presos políticos del partido detenidos desde antes del golpe y la ayuda económica a sus respectivos familiares (Nora, dirigente del PST, entrevista personal, 6 de junio de 2018; Nelsa, militante del equipo de atención a los presos políticos del PST, entrevista personal, 28 de julio de 2020). En definitiva, la clandestinidad dio forma a una organización partidaria que congenió una estructura celular compartimentada y relativamente autónoma en su praxis cotidiana con una centralización directiva que, a través de los enlaces verticales, emanó la línea respectiva en cada etapa y las tareas por privilegiar en los diversos núcleos integrantes del conjunto.

No obstante, este mecanismo gozó de particularidades inéditas hasta aquel momento para esta corriente, dado que, durante el período dictatorial, es preciso complejizar aún más el organigrama partidario descrito a partir de dos elementos de relieve. En primer lugar, este contexto coincidió con la partida al exterior de cuadros partidarios del PST que, al momento de producirse el golpe, poseían responsabilidades de relieve.

Para comprender este suceso, es insuficiente pensar en el exilio de determinados militantes como una mera lógica de preservación. Se identifica, en este caso, la centralidad dada a una noción de construcción autopercebida como internacionalista. Acorde al sostenimiento de una teoría anclada en el trotskismo, esta corriente compartió la necesidad de forjar un modo de producción socialista a escala mundial, lo que se justificaba, dada la internacionalidad del sistema capitalista, la imposibilidad de supervivencia de un Estado obrero en un solo país y, de allí, la búsqueda de un partido mundial con diversas secciones. En su praxis, esta cosmovisión se expresó de diversas formas, pero, primordialmente, a través de la participación en el seno del Secretariado Unificado (SU) de la IV Internacional<sup>2</sup>. No obstante, la materialización de una lógica internacionalista recayó en la puesta en práctica de relaciones con diversos agrupamientos, partidos y corrientes a nivel mundial con vistas a la construcción de una articulación entre expresiones. Entre las múltiples relaciones que en estos años estableció el PST argentino con diversos grupos y partidos, se identifica la vinculación con un agrupamiento colombiano denominado Bloque Socialista, que, tiempo después, adoptó el mismo nombre que su par argentino y se conformó como una

<sup>2</sup> Conformado en 1963, el SU fue un conglomerado de partidos y organizaciones que se autoproclamaban subsidiarios de la IV Internacional, fundada por León Trotsky en 1938. Un año después de su creación, la corriente argentina encabezada por Nahuel Moreno (en ese momento, Palabra Obrera) ingresó formalmente en esta entidad.

organización a imagen y semejanza de este (Acevedo Terazona y Patiño Romero, 2019; Mangiantini, 2018).

Cuando se produjo en la Argentina la llegada castrense, para el PST ello supuso dos redefiniciones de peso: la exacerbación de la militancia clandestina, pero, a la vez, la salida del país de aquellos referentes mayormente expuestos y en riesgo. Sin embargo, la decisión de exiliar a parte de la conducción no fue vislumbrada como un mero acto de refugio, sino también como un modo de profundización de una labor de carácter internacionalista a través de la conformación o integración en sendas organizaciones en distintos países que pudieran articularse entre sí para el fortalecimiento de su propia tendencia. En este escenario, Colombia se transformó en el epicentro del asilo de los militantes argentinos (Mangiantini, 2017). El núcleo de dirigentes argentinos instalados en Colombia, entre los cuales se hallaba el propio Nahuel Moreno, tomó tres tareas centrales: la organización de encuentros con representantes de organizaciones de diversos países con las que estos activistas poseían vinculación con la pretensión de organizar una tendencia internacional que se desarrollara con mayor peso dentro de la IV Internacional; el desarrollo de un proyecto editorial que impulsó una publicación para distribuir en diversos países y reeditó obras clásicas del trotskismo; y, por último, la realización de campañas internacionales ligadas a los sucesos acaecidos en la Argentina, como, por ejemplo, la denuncia sobre el accionar represivo (Comité Central [CC] del PST, 1980, 1981; Hugo, 1979; PST, 1977e, 1978a, 1978e, 1978g, 1978h, 1979c).

En la práctica, para el partido argentino, esto implicó un elemento colateral de características relativamente extrañas respecto de las habituales. Si bien la dirección partidaria se encontraba en el país y allí recaían las instancias resolutorias, no es menor identificar la presencia de un imaginario interno dentro del partido que vislumbró que, en términos prácticos, la voz autorizada y las decisiones definitivas se hallaban en el exterior a través de un núcleo de dirigentes ya probados, lo que daba forma a una doble dirección. En su materialización, la dirigencia radicada en Colombia no se encontró ajena al devenir de la conducción en la Argentina, lo que se efectivizó en viajes periódicos, llamados telefónicos (con un léxico en clave) y envío de correspondencia (Miguel, dirigente del Buró Político del PST, entrevista personal, 8 de mayo de 2020).

Esta característica particular se complejizó aún más a partir de otro elemento conexo de peso: el dirigente mayormente reconocido en el interior de la estructura partidaria Nahuel Moreno se hallaba en el exterior, desde donde intervenía sobre la realidad argentina. En determinadas organizaciones, es factible identificar una tendencia hacia la personalización del poder (Duverger, 1969). En la trayectoria de esta corriente, la figura de Moreno

tuvo ciertos rasgos de culto, lo que se materializó en una presencia absolutamente activa de este dirigente en la cotidianeidad de la organización, justificada además por tratarse de un liderazgo que vehiculizó el nacimiento de esta expresión política, por lo que las metas ideológicas originarias del partido no eran fácilmente escindibles de su propia figura (Panebianco, 1982/1995). Ello dio lugar a resultados relativamente contradictorios. Por un lado, el reconocimiento del conjunto de la organización de su papel permitió que diversas disidencias internas fuesen matizadas a partir de su intervención y que se lograra un equilibrio entre distintas partes; pero, por otro lado, se destaca la existencia de una referencia en extremo ponderada, lo que generó una dinámica (principalmente, en el seno de los organismos de dirección) consistente en que, ante cada problemática, resultara necesaria su intervención como modo de resolución (Mangiantini, 2018). Este rasgo se volvió aún más complejo en los años de la clandestinidad, dado que esa referencia carismática se encontró ausente en la práctica cotidiana, pero igualmente vigente en el imaginario colectivo interno, lo que revirtió en un cierto obstáculo para que dicha autoridad pudiera traspasarse de un modo fehaciente y completo hacia el núcleo de militantes que continuó la tarea de conducción partidaria en el país. Es sintomático que diversas muestras de descontento o disidencias acaecidas en la Argentina acabaron por dirigirse o canalizarse en Colombia desde donde se saldaron.

### **Las esferas partidarias intermedias en tensión**

Al momento de complejizar el funcionamiento de una organización revolucionaria en un contexto de clandestinidad, es ineludible la referencia al papel desempeñado por aquellos dirigentes intermedios, responsables ya sea de una zona geográfica o de un equipo partidario de relevancia. Se sostiene como hipótesis que este núcleo particular de militantes se transformó en un elemento determinante para comprender la supervivencia y continuidad partidaria en este complejo escenario. Pero, a la vez, es factible aseverar que, comparativamente, los cuadros medios de una organización clandestina fueron los miembros con mayor nivel de exposición y tensiones latentes al ubicarse como un nexo entre aquellas bases que dirigían y los organismos a los que debían responder.

Como analizó Hobsbawm (2010), un partido revolucionario, para sobrevivir, debe poseer un aparato jerárquico y disciplinado de revolucionarios profesionales. En tiempos de clandestinidad, este experimenta un robustecimiento del centralismo, a la vez que la iniciativa de las bases se atrofia. Sin embargo, pese a la rígida presencia de enlaces verticales que garantizaban el funcionamiento clandestino, es posible vislumbrar, siguiendo a Broué (2007), una cierta paradoja, dado que la compartimentación suponía tam-

bién una relativa autonomía de hecho y un margen para la iniciativa de quienes se responsabilizaban de los equipos partidarios a la hora de aplicar la línea política emanada desde las esferas superiores. En la práctica, aquellos dirigentes intermedios experimentaron una dinámica consistente en la recepción de las directivas políticas, pero, a su vez, con la posibilidad de una autonomía suficiente para aplicar dichos preceptos en sus propios equipos de acuerdo con sus criterios.

En la cotidianeidad, las tareas de un responsable intermedio fueron numerosas y dispares, como, por ejemplo, garantizar las medidas de seguridad pertinentes ante cada reunión de célula o encuentro personal con un militante del equipo; distribuir los materiales correspondientes a su zona de influencia (centralmente, el periódico partidario cada quince días o de modo mensual, según el momento); recepcionar los boletines internos y dar a conocer su contenido a quienes dirigiera; preparar las reuniones de sus propias células; y, desde ya, resolver el modo de viabilizar en su círculo de militancia el modo de aplicación de las respectivas campañas que la dirección partidaria impulsara. A menudo, también se les exigía a estos cuadros medios identificar en sus equipos a potenciales futuros referentes e impulsar su papel como dirigentes a través de la construcción de algún tipo de subcélula más pequeña o con un criterio de nucleamiento según el ámbito laboral (PST, 1977a, 1977e, 1977f). Este mecanismo de incentivos selectivos (Panebianco, 1995) permitió al partido reclutar entre sus propias bases a las futuras camadas dirigenciales y posibilitó, en cierto sentido, una autoconservación del medio exterior.

De aquellos boletines internos que estos dirigentes intermedios recibían se desprenden, en oportunidades, exigencias y directivas que podrían transformarse en motivos de tensión al momento de su aplicación. Dos temáticas solían conllevar polémicas o desatar algún tipo de confrontación: las finanzas y la captación de nuevos militantes. Con respecto al primer punto, con una regularidad generalmente anual, el PST impulsó una campaña financiera. Ello suponía que la dirección proponía un monto de dinero como meta por lograr en un tiempo estipulado, lo que se justificaba en los diversos gastos que requería el sostenimiento del partido (impresión de materiales, viajes al exterior, alquileres, atención de presos políticos y de sus familiares, entre otros ejemplos). A partir de la presentación de esa meta, se exigía a los diversos equipos partidarios la realización de respectivos planes para cumplimentar con ella. En el transcurso de estas campañas, la caracterización por parte de la dirección del partido de una cierta lentitud o falta de compromiso de algunos de los equipos traía como consecuencia un motivo de reprimenda más o menos explícita. Aseveraciones como, por ejemplo, “todo responsable que no haga militar para la CF [campaña finan-

ciera] como mínimo a 8 o 9 compañeros, estará demostrando que sus cualidades como dirigente son muy dudosas” (PST, 1977d) interpelaban sobre la idoneidad de los referentes. Pero, a la vez, directivas tales como “ningún [compañero] se puede considerar militante si no hace tres aportes por semana, o sea, 20 aportes en toda la campaña” (PST, 1977g) tensionaban en extremo el vínculo entre ese dirigente intermedio y los militantes que de él dependían a partir de un traslado de esa exigencia a su núcleo de trabajo. Los augurios de fracasos si la campaña no se intensificaba eran también parte de la retórica habitual e, incluso, la resolución de medidas tajantes, como la prohibición a los dirigentes de tomarse días de vacaciones en el verano para compensar los retrasos en los aportes económicos comprometidos (PST, 1977g, 1977h, 1978h).

En un contexto represivo, la premisa de reclutamiento de nuevos militantes también pudo aparejar sus respectivas tensiones. El lanzamiento de “campañas de consolidación” del partido que propusieron determinados porcentajes de crecimiento en un plazo determinado o, incluso, advertencias tales como la posibilidad de degradar a un militante a la figura de simpatizante si este no era capaz de incorporar a un núcleo de nuevos miembros alimentaban aún más estas tensiones descritas (PST, 1977d, 1978i).

El cúmulo de tareas que los cuadros medios cumplieron con el objetivo de aplicar la línea política desarrollada desde la dirección partidaria llevó, en ocasiones, a tensiones de diverso tipo, como, por ejemplo, el reclamo de ser absorbidos por una rutina administrativa y organizativa tan intensa que acababa por vetar la posibilidad de un desarrollo teórico o la posibilidad de sistematizar la formación política de la militancia primando las acciones de tipo cuantitativas (número de aportes obtenidos, cantidad de periódicos distribuidos, porcentaje de militantes incorporados, etc.) (Bollini, 1978).

### **Militar y preservar**

Más allá del organigrama descripto, uno de los elementos centrales de la clandestinidad fue la puesta en práctica de un repertorio de acciones tendientes a garantizar el funcionamiento de los equipos a través de un conjunto de iniciativas y medidas que tenían por objeto conciliar la dinámica militante con la preservación de la estructura partidaria en un escenario de álgida persecución. Como se mencionó, el pasaje a la clandestinidad del PST no se desarrolló desde la concreción del golpe de Estado, sino que se puso en práctica con sistematicidad desde finales de 1975 en conjunto con una serie de normativas internas. De hecho, más allá de las discusiones y matices narrados en torno a la posibilidad inmediata del golpe, desde la dirección partidaria se instó a los responsables de las distintas regionales a tomar aquellas medidas preventivas necesarias ante esa posibilidad. A



través de boletines internos, se indicó la obligación de modificar los lugares de vivienda de aquellos militantes residentes en domicilios en apariencia expuestos o la incorporación de una mayor rigurosidad en la preparación de las reuniones de células. La incorporación de normativas para el ingreso o la retirada de los encuentros, o la confección de un argumento (el denominado “minuto”) que sirviera como justificación de una reunión determinada en caso de requisita policial ya eran prácticas incorporadas en los meses previos a marzo de 1976 (PST, 1976a).

A lo largo de los años más álgidos de la represión estatal, es factible identificar a través de los boletines internos de qué modo la militancia del PST pugnó por incorporar metodologías acordes a las necesidades de resguardo y qué tensiones existieron alrededor de ellas. Directivas como la necesidad de disminuir al mínimo las citas en la vía pública, no forjar encuentros en el microcentro porteño o en la intersección de avenidas concurridas, utilizar solo determinados bares de categoría para encuentros exclusivos de dos personas con una consistente justificación predeterminada, tener una tolerancia de tiempo reducida para esperar a una persona previo a una reunión o la precaución sobre qué destinatarios recibirían un periódico antes de distribuirlo eran advertencias corrientes vertidas hacia los diversos equipos, como así también el no utilizar como espacio de reunión un domicilio determinado si existían dudas sobre su seguridad, encontrarse alerta ante la posibilidad de un seguimiento callejero o la obligación de comunicar de modo inmediato a los responsables de una célula cualquier anomalía percibida (PST, 1976a, 1977c, 1978a, 1978j). En ocasiones, existieron sugerencias particulares acordes a determinados momentos, como, ante las fiestas de fin de año, cuando se le sugería a la militancia no transgredir medidas de seguridad, por ejemplo, acudir a domicilios potencialmente expuestos (PST, 1978k).

Por su parte, ofensivas experimentadas por el partido merecieron reafirmar o subrayar las medidas de seguridad, por ejemplo, cuando, hacia finales de 1978, el PST sufrió la caída de un núcleo de militantes de la ciudad de Rosario, se informó a las restantes regionales sobre las fallas en el modo de compartimentación a partir de un erróneo uso de las anotaciones y de los llamados telefónicos (PST, 1978k, 1978l). Provocaron también advertencias acciones como, por ejemplo, el reparto indiscriminado de volantes por parte de una célula en un transporte que trasladaba operarios o la utilización indebida por parte de cuadros zonales de boletines internos que, en lugar de ser destruidos tras su lectura, fueron trasladados en la vía pública sin camuflaje o cedidos a otros militantes (PST, 1977j, 1978i).

Como un modo de concientización de los referentes intermedios de la organización, en ocasiones los boletines internos reflejaron sanciones apli-

cadadas por la dirección partidaria ante fallas en las normas de seguridad. Ejemplos de esto son la separación de un cuadro de la dirección cordobesa a quien se le vetó su condición de militante rentado ante la detención de su equipo partidario; o bien la separación de un militante que no acató una directiva de modificación de su actividad laboral, lo que, en el análisis de la dirección, ponía en riesgo la seguridad partidaria (PST, 1978a, 1978m).

Merecieron también directivas los modos de vincularse a los trabajadores a partir de premisas que pugnaron por evitar tanto la exposición como la expulsión del ámbito laboral. Desde los inicios de la dictadura, se instó a omitir aquellos métodos de inserción propios de contextos anteriores que resultaban habituales en la cotidianeidad militante, como, por ejemplo, la realización de encuentros amplios dentro de los espacios de trabajo sin un estudio previo detallado de los invitados (como asados o reuniones sociales) (PST, 1976d, 1978b). Las prevenciones de seguridad al momento de vincularse con el trabajador se volvieron aún más complejas cuando se trató de militantes mujeres. En relación con ello, las sugerencias de seguridad, en ocasiones, alertaron a estas sobre la necesidad de disimular sus formas de desenvolverse, como, por ejemplo, en el cuidado del aspecto personal o pugnar por no exponerse en lugares públicos mostrándose como la voz central de una reunión en un bar, o bien evitando discusiones con hombres que pudieran llamar la atención ante la disonancia con la cultura patriarcal hegemónica (PST, 1978n).

### **¿Preservación o inserción?**

Como hipótesis central, se sostiene que la dinámica de la estructura partidaria en un contexto de aplicación de tajantes medidas de clandestinidad se encontró, centralmente, con dos problemáticas que atravesaron a la organización. En la práctica, suponía una creciente complejidad preservar al partido de la represión mientras, en simultáneo, se pugnaba por lograr su inserción y desarrollo en el interior de diversos sectores del movimiento social que se pretendía representar evitando un extremo aislamiento del exterior.

Según Hobsbawm (2010), es preciso juzgar el comportamiento de los partidos comunistas no solo cuando acceden al poder, sino también cuando, al no tenerlo, estos son capaces de integrarse al movimiento obrero aprovechando las oportunidades que se les presenten. En este sentido, es factible aseverar que las posibilidades de inserción del PST en el movimiento social durante los primeros tres años dictatoriales se vieron limitadas por dos elementos yuxtapuestos. Por un lado, un contexto en el que la protesta social mermó por la represión imposibilitó la tradicional vía de ligazón de las organizaciones de izquierda con la clase trabajadora mediante la participación y solidaridad con los conflictos. Por otro, encontraron la dificultad manifiesta de lograr congeniar con cierta destreza la vinculación con diver-

esos sectores sociales en simultáneo al resguardo del partido de la represión y la persecución.

Las disposiciones de la dirección del PST dieron cuenta de la necesidad de saber combinar las medidas de seguridad con el trabajo político hacia diversos sectores a través de un estudio minucioso de los potenciales espacios de inserción y de los contactos establecidos. La premisa recayó en forjar una inserción militante que, indefectiblemente, supondría una exposición, pero, a su vez, que, al desarrollarse desde una célula partidaria escindida del conjunto, permitiría una visibilidad que no afectara al conjunto del partido en el caso de una caída (PST, 1978b). No obstante, en la práctica, de la documentación interna se desprende una frecuente inquietud por parte de los equipos partidarios alrededor de la posibilidad de congeniar realmente ambas esferas. Eran habituales las dificultades como, por ejemplo, las complicaciones para establecer vínculos con potenciales simpatizantes ante la ausencia de actividades o encuentros a los que, dado el contexto, fuera factible acercarlos para dar a conocer la propuesta política o, incluso, la imposibilidad de forjar un acercamiento a partir de los vínculos personales (PST, 1977e, 1978d). Como testimonio de ello, en un documento, un militante reflexionaba sobre las barreras para establecer un lazo rutinario con sus pares en el espacio laboral: “me convierto en malabarista, pues nunca falta el compañero o compañera que me pregunta dónde vivo, qué hago a la tarde, y yo invariablemente tengo que distribuir evasiones lo más convincentes posibles” (PST, 1978o, s. p.). Ello acababa por deteriorar las posibilidades de relacionamiento a partir de un recurso habitual en épocas anteriores como era la sociabilidad cotidiana.

Más compleja aún resultó la posibilidad de inserción en el seno de la clase obrera para las militantes mujeres, preocupación que, desde hacía algunos años, se encontraba presente dentro de esta corriente política (Casola, 2021; Trebisacce y Mangiantini, 2015). Si la persistencia de una idiosincrasia patriarcal provenía de tiempos previos, en un contexto de clandestinidad, se alertó que determinadas prácticas eran potenciales fuentes de peligro. Por ejemplo, que una militante esperara a un obrero en la puerta de un recinto para dialogar o que una mujer fuera el centro visible de una reunión con hombres en un lugar público eran actitudes que podían vulnerar las medidas de seguridad. Se sugirió también a las militantes del partido no concurrir a la casa de un contacto obrero con el fin de sortear un posible conflicto con su dinámica familiar, o bien evitar un frecuente retorno al hogar en un horario tardío, a los efectos de no despertar la atención de otros residentes de ese espacio (PST, 1978n)

Inherente a este tópico, Panebianco (1995) conceptualizó el fortalecimiento de un partido con la noción de institucionalización. Uno de los elementos que viabiliza ello recae en las posibilidades que este posee por

extender su hegemonía a través de organizaciones próximas. Ante el escenario de clandestinidad, en el correr de estos años, el PST se valió de diferentes tácticas para vincularse con disímiles sectores sociales y buscar una mayor inserción de un modo soslayado. Su táctica recayó en la combinación de una organización partidaria clandestina que, en simultáneo, se insertara (sin dar cuenta de su identidad política) en organizaciones legales con influencia entre diversos sectores sociales como un modo de incrementar su influencia en ellos (Comisión redactora del CE del PST, 1979).

Bajo esta lógica, existieron inicialmente dos intentos de vinculación con entidades externas al partido con el objetivo de posicionarse en ámbitos que se hallaban al margen de la prohibición gubernamental, con la expectativa de incidir en ellos en un contexto próximo futuro de menor represión. Ambas experiencias no carecieron de polémicas. La primera de ellas partió de una caracterización que presagiaba una crisis del peronismo como identidad central entre los trabajadores y otros sectores sociales y, en razón de ello, la posibilidad de que en un corto plazo fuera factible la gestación de una corriente socialista amplia y con peso. En esta perspectiva, el PST avizoró que diversos grupos subsidiarios de viejas tradiciones socialistas podrían confluír en un proyecto común con prédica entre la clase obrera, la juventud o las mujeres. La militancia partidaria debía seguir con atención este proceso reivindicándose como parte de su gestación y, ante la proscripción partidaria, presentándose ante otros como un componente más de una confederación de grupos socialistas en desarrollo, lo que permitiría la vinculación con amplios sectores (PST, 1977a).

Según el trabajo de Osuna (2015), retomado en otros aportes (Seia, 2021), esta táctica promovió la realización de eventos abiertos con el fin de nuclear a un considerable número de personas, lo que resultaba contradictorio con la lógica de la clandestinidad. Se identifica aquí un problema interpretativo de la documentación a la par que metodológico, dado que el texto citado como insumo de tal afirmación no da cuenta de la materialización de este tipo de encuentros, sino de la posibilidad de exploración de ello. Justamente, de este documento se desprende como una autocrítica la necesidad de “romper el sectarismo” y viabilizar estas propuestas. A la vez, en este escrito, se planteaba la necesidad de amalgamar dicha táctica con la conservación de las prácticas clandestinas, como, por ejemplo, en caso de realizar un encuentro con personas ajenas al partido, que a este no concurrieran la totalidad de los militantes de un equipo, sino solo uno o dos para proteger al conjunto ante cualquier falla en la seguridad (PST, 1977b). Asimismo, se identifica un problema metodológico en estos trabajos citados al analizar ciertas propuestas partidarias de un momento particular de manera escindida de balances posteriores. Ello imposibilita vislumbrar si ellas fueron

llevadas realmente a la práctica y de qué modo. Con relación a este tema, son numerosos los documentos posteriores autocríticos ante la ausencia de una materialización concreta de esta iniciativa, que se diluyó en una proclama abstracta nunca realizada (PST, 1977a, 1978p). De hecho, la crisis que experimentó el partido en 1979 acabó por echar por tierra esta propuesta.

El segundo modo de vinculación con entidades exteriores al partido, en efecto, conllevó un mayor índice de exposición, más allá de ponerse en práctica bajo una identidad política invisibilizada. A raíz de un análisis contextual que vislumbró una ofensiva contra las conquistas de los trabajadores, el PST juzgó que la dirigencia sindical carecía de posibilidades de desempeñar un papel de arbitraje entre los sectores propietarios y los trabajadores, por lo que se vería obligada a desarrollar diversos tipos de movilización como un modo de sobrevivir como casta ante la falta de concesiones gubernamentales. El posible desarrollo de luchas defensivas del movimiento obrero habría posibilitado así la línea de construcción de un frente único con la denominada burocracia sindical mediante un acercamiento que no implicara la identificación partidaria. Bajo esta premisa, el PST impulsó como línea a los diversos equipos la idea de un acercamiento al sindicalismo tradicional mediante actividades políticamente inocuas, como la organización de eventos recreativos en las fábricas, la iniciativa de algún petitorio o el acercamiento por problemáticas de índole administrativa (como aquellas vinculadas a las obras sociales u otros trámites) (PST, 1977a, 1977b). La incorporación de esta línea de intervención no se llevó a la práctica sin limitantes que impidieron su sistematización y sus riesgos porque, independientemente de soslayar la identidad partidaria, la concurrencia al sindicato implicaba un modo de exposición que, en ocasiones, derivó en despidos por parte de las empresas (Germán, militante de base del PST, entrevista personal, 18 de octubre de 2018).

Las dificultades manifiestas por lograr una extensión de la influencia partidaria a través de entidades externas a la organización se vieron, a su vez, complementadas con otro elemento consistente en una férrea actividad militante que, en la práctica, tenía por centro la conservación de la propia organización. Es posible sostener como hipótesis que las problemáticas experimentadas para forjar una mayor presencia partidaria en diversos sectores acabaron por consolidar una tendencia hacia una militancia que ponderó la preservación de la propia estructura, lo que motivó debates álgidos.

Existieron elementos identificables como expresión de esta afirmación. En primer lugar, un tópico regularmente mencionado en este período fue la presencia de una cierta minimización de la elaboración de herramientas teórico-conceptuales e instancias políticas formativas de la militancia. Ello no supone que este aspecto fuera ignorado por el PST. Anualmente, y a lo largo de los períodos estivales, se llevó a cabo la denominada escuela de cuadros del parti-

do consistente en la formación política de cuadros medios y dirigenciales. Aspectos teóricos, lecturas de clásicos del marxismo, problemáticas históricas o estudio de discusiones internacionales existentes en un momento determinado fueron algunas de las temáticas abordadas en los días de estudio. A la vez, existieron intentos de instancias formativas de menor duración y en grupos más reducidos para las propias células y la militancia de base. No obstante, en este período, existió una frecuente autocrítica sobre la insuficiencia de la formación y la presencia general de un escaso nivel teórico-político, justificado en razón del obligado recambio de dirigentes que conllevó la llegada castrense (PST, 1977b, 1978a, 1978h, 1978q, 1978r, 1978s, 1978t).

Más allá de este elemento, es factible deducir que una dinámica de militancia clandestina llevó, indefectiblemente, a la ponderación de aspectos de tipo logísticos y organizativos inherentes a la preservación diaria de la estructura partidaria. El tiempo dedicado a las medidas de seguridad o a la logística en torno al reparto del periódico partidario fueron temas habituales de discusión. A su vez, un elemento de tensión permanente fue la problemática de las finanzas. Como se mencionó, las campañas financieras insumieron un considerable tiempo de debate sobre el modo de llevarlas a cabo, a la vez que una presión para cumplimentar con los compromisos fijados. En estos tres años de clandestinidad, se contabilizan cuatro campañas financieras con ambiciosos objetivos. Por ejemplo, en 1977, la dirección indicó a los equipos partidarios la necesidad de alcanzar la magnificada cifra de entre ochenta a cien mil aportantes. Una nueva campaña, un año después, se propuso obtener alrededor de treinta mil nuevos aportes (en la práctica, se lograron unos diez mil menos). Concluido este objetivo, los equipos partidarios recibieron la directiva de iniciar una nueva campaña para alcanzar cinco mil nuevos suscriptores del periódico partidario. Ello derivó, finalmente, en el lanzamiento de una nueva iniciativa con el fin de consolidación partidaria a partir de la propuesta de incorporar a una mayor cantidad de militantes a las reuniones regulares (PST, 1977b, 1977d, 1977i, 1977k, 1978d, 1978f, 1978h, 1978m, 1978p, 1978u, 1978v, 1978w).

Se desprende de esta descripción que, independientemente de las valoradas menciones sobre la formación, la propia dinámica militante y la búsqueda de conservación de la herramienta partidaria provocaban, en la práctica, la necesidad permanente de discusiones operativas, logísticas y administrativas. Estas acababan por hegemonizar la cotidianeidad y los tiempos militantes y, en parte, lesionaban el modo de articulación con otros sectores sociales con quienes la vinculación acababa por convertirse más bien en un acto administrativo que en un intercambio político. Ello da cuenta, en definitiva, de las dificultades para congeniar inserción y preservación, lo que llevó a tensiones internas factibles de considerar.

En relación con ello, la corriente política que encarnaba el PST respondió al modelo leninista de partido, lo que implicó la noción de un funcionamiento interno acorde a las premisas del denominado centralismo democrático. Esta concepción suponía que una organización poseía instituciones y mecanismos cuyos fines eran dar a conocer a su dirección los puntos de vista de las bases para luego tomar una decisión válida, asegurándose que ella contara con una adhesión general que permitiera ser aplicada en todos los escalafones partidarios. Se trató de un funcionamiento centralizado en el que las decisiones eran tomadas por una conducción en función de una opinión general e implicó un intento de articulación entre la libertad de discusión del conjunto del partido con una disciplina rigurosa una vez tomada una resolución (Duverger, 1969, p. 87).

Tres años antes del golpe de Estado, el principal referente de este partido (Moreno, 1973/2013) teorizó sobre esta metodología de funcionamiento como un mecanismo consistente en la combinación de dos elementos. El primero era una disciplina estricta y centralizada, justificada en la necesidad de una coordinación férrea que posibilitara el enfrentamiento contra los sostenes del régimen capitalista, tales como las fuerzas represivas del Estado, los grupos parapoliciales, los partidos contrarrevolucionarios o las conducciones sindicales burocratizadas. Pero, al mismo tiempo, el segundo elemento consistía en una vida interna democrática manifestada en la elaboración colectiva de la línea política. En su visión, esta metodología debía evitar dos riesgos: tanto un centralismo rígido en el que la dirección acabara por resolver unilateralmente el conjunto de las problemáticas, como así también el peligro de una dinámica de constante deliberación que diera lugar a un permanente estado de debate. La primacía por cada uno de estos mecanismos debía modificarse y ser precisada en cada momento acorde a la dinámica de la lucha de clases, a la coyuntura y al prestigio de la dirección ante su base. Se desprende de ello que, en períodos represivos, se impondría una centralización y una disciplina más rígida que en etapas en las que un partido se desarrollaba con mayores garantías democráticas.

La organización celular compartimentada solía ser favorable para evitar debates internos álgidos dentro de un partido revolucionario, dado que una disidencia manifiesta en el interior de un equipo no era factible de trasladarse a otros organismos pares (Duverger, 1969). Un primer ejemplo de debate interno surgió desde la conducción del equipo partidario que nucleaba a los intelectuales de la organización. En una serie de documentos, se realizaron críticas de peso a las derivas del partido, tales como, por ejemplo, un comportamiento acorde a una "secta política", el personalismo presente en la figura de Moreno o un cierto desdeño por las tareas intelectuales en beneficio de una prédica de carácter obrerista (Bollini, 1978). Más allá de las intenciones

de sus impulsores (que remitieron su visión no solo a la dirección nacional partidaria, sino también a aquellos dirigentes que se hallaban en el exilio colombiano e, incluso, a la conducción del Secretariado Unificado de la IV Internacional), estos planteos quedaron contenidos en el marco del sector de intelectuales y no se trasladaron a otras esferas partidarias de similar rango.

No obstante, cuando el descontento no se limitó a ciertos militantes de base de una célula o a algún dirigente aislado, sino que se hizo manifiesto entre diversos cuadros intermedios, ello redundó en la penetración de los cuestionamientos en los órganos de resolución intermedios, como, por ejemplo, una dirección zonal; y finalmente lograron instalarse estas problemáticas en la agenda de los principales organismos de resolución. En el caso del PST, la emergencia de un conjunto de disconformidades por parte de diversos dirigentes intermedios y ciertos núcleos de la militancia de base derivaron en una tensión interna que llevó a la organización al riesgo de la segmentación.

El ejemplo más claro de ello acaeció a lo largo de 1979 cuando el partido fue atravesado por una discusión intestina de envergadura que, en parte, lesionó la metodología del tabicamiento permitiendo una mayor exposición. El motivo de discusión fue múltiple, pero sus voceros incluyeron tanto la revisión de caracterizaciones preexistentes (como, por ejemplo, la incorrección sobre la línea de enfrentamiento al gobierno de María Estela Martínez de Perón ante la amenaza golpista y la crítica a la minimización del riesgo de la dictadura en los momentos previos a ella) como, centralmente, un cuestionamiento a la dirección surgida en marzo de 1976 y a los modos de intervención por ella aplicados. Los métodos de vinculación con disímiles esferas sociales a través de la “corriente socialista” o del acercamiento a las dirigencias sindicales tradicionales fueron parte de esta crítica, como así también una lógica de militancia que ponderó la sucesión de iniciativas de tipo organizativas y administrativas como, por ejemplo, las sendas campañas financieras (JB y JR, 1979). El crecimiento de esta expresión interna de descontento llevó a la conformación de una fracción en el interior del partido, categoría que se hallaba contemplada en las propias normativas estatutarias de la organización, pero que, en un contexto de clandestinidad, revestía mayor complejidad, dada la aparición de un debate que podía lesionar los compartimentos propios del tabicamiento.

Más allá de las minucias del debate, resulta de interés revisar los mecanismos utilizados para revertir un clima de fractura interna que atravesó formal e informalmente a las diversas esferas organizativas. En primer lugar, bajo una logística propia de la clandestinidad, el Comité Central organizó la realización de una Conferencia Nacional del partido a la que concurrieron delegados de diversas zonas y equipos elegidos a través de plenarios junto a la representación de aquellos núcleos disidentes de la di-



rección. El resultado de este encuentro consistió en la renovación del Comité Central del partido, la reorganización de diversas células y direcciones regionales intermedias y, al mismo tiempo, la votación de tareas tendientes a una mayor intervención en la conflictividad (PST, 1979d, 1979e, 1979f).

No obstante, determinados cuadros políticos disidentes del devenir de la dirección consideraron insuficientes los resultados de la conferencia, por lo que las problemáticas tuvieron continuidad una vez finalizado este encuentro. Esto dio origen a una fracción dentro del partido que, entre otras demandas, cuestionó la ausencia de un debate político profundo denunciando la persistencia de las prácticas cuestionadas y la exclusión de voces disidentes de los renovados órganos de dirección (PST, 1979f, 1979g, 1979h).

El corolario de este proceso disruptivo halló su resolución a partir de una intervención de modo directo de aquella dirección partidaria que se encontraba instalada en el exterior desarrollando una militancia internacionalista. La realización de un encuentro de dos días de duración en Colombia que reunió a dichos referentes con las respectivas delegaciones del Comité Ejecutivo del partido argentino y de la fracción conformada derivó en un acuerdo entre las partes que dictaminó una superación de la crisis a través de la incorporación de respectivos miembros de la minoría disidente tanto al Comité Ejecutivo como al Comité Central del partido. Resultado del encuentro fueron también la publicación de un boletín de discusión para que, en el interior de las diversas células, se conocieran los debates existentes y sus respectivas posiciones; y el envío a la Argentina de un miembro de la dirección partidaria radicado en Colombia para organizar un organismo transitorio: la Comisión Moral. Integrada por ambas partes en tensión, esta entidad tuvo por objetivo ordenar el debate partidario, garantizar la distribución de las diversas posiciones a todos sus miembros, pugnar por evitar que el clima de discusión atentara contras las normas de seguridad y, al mismo tiempo, relevar de un modo férreo la fortaleza cuantitativa de la fracción en cada célula y zona, de modo tal de contemplar su representatividad al momento de conformación de los nuevos organismos de dirección y de la elección de delegados para un futuro congreso partidario<sup>3</sup>, el cual acabó realizándose al año siguiente en Colombia zanjando las diferencias antes experimentadas en la Argentina (Comisión Moral PST, 1979a, 1979b; PST, 1979i).

<sup>3</sup> De un abultado caudal de documentos indagados, se rastrea la realización de, por lo menos, 114 reuniones de células diferentes en las que se permitió un informe de la fracción, la respuesta de la dirección partidaria, un intercambio por parte de los miembros del equipo y, finalmente, la confección de un acta en la que se asentaba la cantidad de miembros que adherían a los planteos críticos presentados por los sectores disidentes a la conducción de ese momento.

En definitiva, la crisis interna del PST fue posible de superar a través de una vía de resolución de las disidencias propias de este tipo de estructuras partidarias, como es la incorporación de determinados representantes de aquellas voces divergentes a los respectivos organismos de resolución del partido en un proceso de captación y absorción interna que permitía sortear los riesgos de ruptura. Pero, también, es factible afirmar que, en este caso, resultó trascendental la presencia de aquel núcleo de dirigentes que se hallaban en el exterior al momento de la crisis, cuya intervención permitió encontrar determinados caminos de confluencia al tratarse de una dirección prestigiada y reconocida por el conjunto del partido en sus diversas expresiones. En este sentido, y sin pretensiones de reflexiones contrafactuales, es pertinente aseverar que la salida de este conjunto de dirigentes al exterior fue un componente de cierta tensión en el interior del PST, dada la obligada materialización de un recambio de nombres y funciones en un escenario complejo, pero, no obstante, su presencia por fuera de las fronteras nacionales permitió también convertirse en una reserva de prestigio cuya intervención fue sustancial para evitar la atomización de una organización en vías de experimentar una crisis aún mayor.

### **Reflexión final**

Los partidos políticos poseen un “umbral de supervivencia” (Panebianco, 1995, p. 363), esto es, la posibilidad de mantenerse con vida el mayor tiempo posible, aun bajo dificultades de distinto tipo. Los factores que determinan ese umbral son fluctuantes y obedecen a razones heterogéneas. En el caso analizado, es posible aseverar que las posibilidades de supervivencia del PST como estructura política se encontraron supeditadas, centralmente, a la capacidad de adaptación a un medio hostil que posibilitara sortear la persecución contra sus miembros pugnando, al mismo tiempo, por mantener la vinculación con disímiles sectores ajenos al propio partido y conservar indemne la cohesión interna precisa para el funcionamiento cotidiano.

En este sentido, se sostiene que el PST logró sortear las barreras de la supervivencia como partido, pero bajo lógicas y dinámicas que implicaron un cúmulo de tensiones y contradicciones. La aplicación de una metodología que llevó la clandestinidad al paroxismo trajo consigo diversos elementos no carentes de dificultades. En primer lugar, obligó a un recambio dirigencial acorde al resguardo de determinadas figuras expuestas, lo que conllevó, más allá de las experiencias previas de quienes asumieron la tarea de conducción, el desafío de transformarse en el centro visible de una propuesta política en un contexto de extrema complejidad sin el respaldo simbólico y el imaginario colectivo de una dirección probada que pesaba sobre los antiguos referentes. En segundo lugar, la clandestinidad trajo consigo

no solo nuevos desafíos en cuanto a la necesidad de evitar el accionar represivo estatal, sino también en relación con distintas novedades que el partido debía asimilar. La comunicación permanente con aquellos dirigentes que se hallaban en el exterior, el manejo de la información en un contexto de compartimentación, las nuevas necesidades económicas imperantes (acordes a la atención de familiares de militantes presos o desaparecidos o de los viajes frecuentes hacia otras latitudes) fueron algunas de las disímiles tareas que debía afrontar una dirección recién conformada como tal. Ello llevó a la exacerbación de una militancia que primó, centralmente, el sostenimiento de la propia organización a través de campañas financieras, de consolidación, de suscriptores del periódico, etc., lo que derivó en una dinámica en extremo desgastante para quienes debían llevarla a cabo y acabó por provocar tensiones internas que llevaron al PST al borde de la ruptura.

Por último, la clandestinidad provocó una contradicción de peso entre esa militancia que pugnó por sostener al partido y las necesidades de crecimiento y de vinculación de este con aquellos sectores externos que toda organización posee. Se sostiene que la primacía de tareas organizativas y administrativas lesionó las posibilidades de mayor presencia en los distintos núcleos del movimiento social que se pretendía representar y provocó un estancamiento en la militancia. En relación con ello, Osuna (2015) sostuvo que existió en el partido un “romanticismo de la ilegalidad” (p. 77), lo que suponía que, para la militancia, la acción política predilecta se producía en estos períodos con la consecuente dificultad para continuar el compromiso político en momentos de legalidad. Por el contrario, esta afirmación omite que, justamente, este partido experimentó su mayor período de crecimiento en los momentos de legalidad previa al golpe de Estado, cuando, ante la apertura de locales y en el marco de la participación electoral, vivenció un salto cuantitativo de peso. Luego vio mermada su militancia orgánica en los momentos de mayor represión estatal durante la última dictadura cívico-militar y, finalmente, alcanzó nuevamente un crecimiento notorio al producirse la transición democrática que acabaría con esta experiencia y derivaría en la apertura de 1983, con la consecuente transformación del PST en el Movimiento al Socialismo.

### Referencias bibliográficas

- Acevedo Terazona, A., y Patiño Romero, F. (2019). Orígenes del trotskismo en Colombia: de los colectivos socialistas revolucionarios al Bloque Socialista (1971-1977). *Historia Caribe*, 14(34), 123-149. <http://dx.doi.org/10.15648/hc.34.2019.4>
- Águila, G. (2019). La izquierda argentina, entre la dictadura y la transición democrática: notas para su estudio. *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, 23(2), 277-304. <https://doi.org/10.35588/rhsm.v23i2.4109>

- Ateneo de Estudios Sociales Alfredo Palacios (1976). *Boletín interno*. Fundación Pluma.
- Bellucci, M. (2018). Revista Todas: un compromiso feminista con el puño en alto [ponencia]. *XI Seminario Internacional Políticas de la Memoria*, Centro Cultural Haroldo Conti, Buenos Aires, Argentina.
- Bollini, C. [Carlos Brocato] (1978). *Contra el espíritu de secta monolitizado*. Fundación Pluma.
- Broué, P. (1963/2007). *El Partido Bolchevique*. Ediciones Alternativa.
- Campione, D. (2007). La izquierda no armada en los años setenta: tres casos, 1973-1976. En C. Lida, H. Crespo y P. Yankelevich (Comps.), *Argentina, 1976. Estudios en torno al golpe de Estado* (pp. 85-110). Fondo de la Cultura Económica (FCE) - El Colegio de México.
- Casola, N. (2015). *El PC argentino y la dictadura militar. Militancia, estrategia política y represión estatal*. Imago Mundi.
- Casola, N. (2021). Las bolcheviques. Izquierda partidaria y movimiento de mujeres en la Argentina reciente. *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda*, 19, 43-64. <https://doi.org/10.46688/ahmoi.n19.328>
- Comité Central [CC] del PST (1980). *Balance de actividades y situación del partido*. Fundación Pluma.
- CC del PST (1981). *Balance de actividades*. Fundación Pluma.
- Coggiola, O. (2006). *Historia del trotskismo en Argentina y América Latina*. Ediciones RyR.
- Comisión Moral PST (1979a, 01 y 03 de agosto). *Acta de la primera reunión de la Comisión Moral*. Fundación Pluma.
- Comisión Moral PST (1979b, 13 de agosto). *Tercera reunión de la Comisión Moral*. Fundación Pluma.
- Comisión redactora del CE del PST (1979). *Construir el partido con influencia de masas, dirigiendo la resistencia a la dictadura*. Fundación Pluma.
- Duverger, M. (1952/1969). *Los partidos políticos* (J. Campos y E. González Pedrero, Trad.). Fondo de la Cultura Económica (FCE).
- Hobsbawm, E. (2010). *Revolucionarios. Ensayos contemporáneos* (J. Sempere, Trad.). Crítica.
- Hugo [Nahuel Moreno] (1979, abril). *Carta a los delegados de la conferencia del PST-A [La Revolución de Mayo de 1810]*. Fundación Pluma.
- JB y JR (1979, 28 de abril). *En defensa de la Fracción Bolchevique – En defensa del PST (A)*. Fundación Pluma.
- Lenin, V (1902/2004). *¿Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento*. Luxemburg.
- Mangiantini, M (2017). Redes militantes y acciones en el exilio. La política internacionalista del Partido Socialista de los Trabajadores (1976-

- 1982). *Revista Estudios. Revista del Centro de Estudios Avanzados*, 38, 87-104. <https://doi.org/10.31050/re.v0i38.19130>
- Mangiantini, M. (2018). *Itinerarios militantes. Del Partido Revolucionario de los Trabajadores al Partido Socialista de los Trabajadores (1965-1975)*. Imago Mundi.
- Mangiantini, M. (2020). La izquierda no armada ante la ofensiva armada. Respuestas y tensiones del trotskismo frente a la represión estatal y paraestatal (1973-1976). *Revista E-Latina*, 18(72), 44-65. <https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/elatina/article/view/5540/0>
- Mangiantini, M. (2021). ¿El trotskismo tiene rock? Diálogos y tensiones entre la militancia de izquierda y el rock argentino como contracultura (1974-1980). *Revista Historia Social y de las Mentalidades*, 25(1), 1-28. <https://doi.org/10.35588/rhsm.v25i1.4660>
- Moreno, N. (1973/2013). *El partido y la revolución. Teoría, programa y política – polémica con Ernest Mandel*. El Socialista.
- Movimiento Socialista de los Trabajadores [MST]. (2015). *Rastros en el silencio. El trotskismo frente a la Triple A y la dictadura*. Ediciones Alternativa.
- Osuna, M. F. (2015). *De la Revolución socialista a la Revolución democrática: Las prácticas del Partido Socialista de los Trabajadores/Movimiento al Socialismo durante la última dictadura (1976-1983)*. Universidad Nacional de La Plata, Universidad Nacional de General Sarmiento, Universidad Nacional de Misiones.
- Panebianco, A. (1982/1995). *Modelos de partido. Organización y poder en los partidos políticos* (M. Trinidad, Trad.). Alianza Editorial.
- Partido Socialista de los Trabajadores (PST) (1973, 28 y 29 de julio). El rol de la JSA en la construcción del partido [ponencia]. *II Congreso Extraordinario*. Buenos Aires, Argentina.
- PST (1975, 9 de septiembre). *Boletín interno*. Fundación Pluma.
- PST (1976a, 10 de febrero). *Boletín Interno N° 4*. Fundación Pluma.
- PST (1976b, 18 de febrero). *Boletín Interno N° 5*. Fundación Pluma.
- PST (1976c, 3 de marzo). *Boletín interno N° 6*. Fundación Pluma.
- PST (1976d). *Carta a los concurrentes a las charlas del Ateneo*. Fundación Pluma.
- PST (1977a, febrero). *Documento nacional*. Fundación Pluma.
- PST (1977b, agosto). *Minuta situación nacional y actividades* [Renacimiento español]. Fundación Pluma.
- PST (1977c, 19 de abril). *Boletín interno N° 1*. Fundación Pluma.
- PST (1977d, octubre). *Boletín interno sobre campaña financiera* [Historia Argentina]. Fundación Pluma.
- PST (1977e, 7 de junio). *Boletín interno N° 4*. Fundación Pluma.
- PST (1977f, 24 de mayo). *Boletín interno N° 3*. Fundación Pluma.

- PST (1977g, 25 de octubre). *Boletín interno* N° 9. Fundación Pluma.
- PST (1977h, 11 de octubre). *Boletín interno* N° 8. Fundación Pluma.
- PST (1977i, 13 de diciembre). *Boletín interno* N° 11 [Curso de Economía I]. Fundación Pluma.
- PST (1977j, 10 de mayo). *Boletín interno* N° 2. Fundación Pluma.
- PST (1977k, 27 de julio). *Boletín interno* N° 7. Fundación Pluma.
- PST (1978a, 4 de abril). *Boletín interno* N° 19. [Curso de lógica]. Fundación Pluma.
- PST (1978b, 28 de noviembre). *Boletín interno* N° 35 [San Martín y las campañas libertadoras a Chile y Perú]. Fundación Pluma.
- PST (1978c, 27 de junio). *Boletín interno* N° 25 [Introducción al derecho romano]. Fundación Pluma.
- PST (1978d). *Campaña financiera* [Filosofía]. Fundación Pluma.
- PST (1978e, 4 de enero). *Boletín interno* [Cuaderno 5]. Fundación Pluma.
- PST (1978f, 1 de marzo). *Boletín interno* N° 17 [Nociones de lógica]. Fundación Pluma.
- PST (1978g, 8 de agosto). *Boletín interno* [Filosofía]. Fundación Pluma.
- PST (1978h, 29 de marzo). *Boletín interno* N° 16. [Nociones de lógica]. Fundación Pluma.
- PST (1978i, 2 de mayo). *Boletín interno* N° 21 [Historia]. Fundación Pluma.
- PST (1978j, 19 de septiembre). *Boletín interno* N° 31 [Boletín técnico agrario]. Fundación Pluma
- PST (1978k, 12 de diciembre). *Boletín interno* N° 36 [Curso de Historia Argentina: San Martín]. Fundación Pluma.
- PST (1978l, 24 de octubre). *Boletín interno* N° 33 [Primeros auxilios]. Fundación Pluma.
- PST (1978m, 7 de noviembre). *Boletín interno* N° 34 [Accidentes menores: primeros auxilios]. Fundación Pluma.
- PST (1978n). *El aspecto interno*. Fundación Pluma.
- PST (1978o). *Algunas consideraciones generales*. Fundación Pluma.
- PST (1978p, 16 de mayo). *Boletín interno* N° 22 [Historia]. Fundación Pluma.
- PST (1978q). *Citas para el curso de América Latina*. Fundación Pluma.
- PST (1978r). *Curso sobre América Latina*. Fundación Pluma.
- PST (1978s). *Eurocomunismo*. Fundación Pluma.
- PST (1978t). *Curso sobre el frente obrero*. Fundación Pluma.
- PST (1978u, 19 de abril). *Boletín interno* N° 20 [Historia]. Fundación Pluma.
- PST (1978v, 13 de junio). *Boletín interno* N° 24 [Introducción al Derecho Romano]. Fundación Pluma.
- PST (1978w, 29 de mayo). *Boletín interno* N° 23 [Introducción al Derecho Romano]. Fundación Pluma.

- PST (1979a). *Estatuto del Partido Socialista de los Trabajadores* [Geografía Económica General y Argentina]. Fundación Pluma.
- PST (1979b, 21 de abril). *Acta de la reunión preparatoria Conferencia*. Fundación Pluma.
- PST (1979c, 10 de julio). *Boletín interno N° 42* [Geografía]. Fundación Pluma.
- PST (1979d, 7 de abril). *Reunión de CC e invitados*. Fundación Pluma.
- PST (1979e, 16 de abril). *Acta de la reunión preparatoria Conferencia*. Fundación Pluma.
- PST (1979f). *Informe de actividades PST (A)*. Fundación Pluma.
- PST (1979g). *Aclaración*. Fundación Pluma.
- PST (1979h, 21 de junio). *Acta acuerdo*. Fundación Pluma.
- PST (1979i, 20 de junio). *Acta FB, CE y FM del PST (A)*. Fundación Pluma
- PST (1980a, febrero). *Documento nacional* [ponencia]. Congreso Nacional del PS. Bogotá, Colombia.
- PST (1980b, febrero). *Balance de actividades* [ponencia]. Congreso Nacional del PST. Bogotá, Colombia.
- Seia, G. (2021). El movimiento estudiantil de la Universidad de Buenos Aires durante los primeros años de la dictadura (1976-1978). *Estudios Sociales*, 31(60), 25-48. <https://doi.org/10.14409/es.v60i1.8539>
- Trebisacce, C., y Mangiantini, M. (2015). Feminismo, diversidad sexual y relaciones sexo-afectivas disidentes. Apuestas y tensiones en el PST, 1971-1975. *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda*, 7, 101-120. <https://doi.org/10.46688/ahmoi.n7.137>
- Veiga, R. (2006). *El tigre de la pobladora. Diálogos inéditos con Nahuel Moreno*. CEHUS.

